

Josefina Muriel

*Hospitales de la Nueva España.
Tomo I. Fundaciones del siglo XVI*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Cruz Roja Mexicana

1990

360 p.

(Serie Historia Novohispana, 12)

Cuadros, ilustraciones, mapas

ISBN Obra completa 968-36-1468-X

ISBN Tomo I 968-36-0963-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de febrero de 2015

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/hospitales/hne_t1.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

CAPÍTULO XXV

NUESTRA SEÑORA DE MONSERRAT HOSPITAL DE INCURABLES MÉXICO, D. F.

Hemos visto que la Nueva España, como todos los países del mundo, en aquellos tiempos, sufrió grandemente a causa de las pestes. Cuando aparecía alguna de esas enfermedades cuyo contagio se extendía fácilmente, se improvisaban de inmediato hospitales en los barrios y en los alrededores de la ciudad, para evitar que los apestados permanecieran en sus casas y transmitieran el mal a sus familiares y vecinos. Uno de los sitios que, por su densidad de población y por la aglomeración de personas en los obrajes, sufría con frecuencia las epidemias, era el de las lomas de Tacubaya. Por lo que ante la tremenda peste de “cocoliztli” del año de 1580, un grupo de personas caritativas, y devotas de Nuestra Señora de Monserrat, decidió establecer un hospital que fuese auxilio de los apestados y honor de Nuestra Señora. El hospital se levantó donde más tarde estuvo el Molino de Belem. Cuando la enfermedad pasó, el hospital perdió su objeto y fue cerrado. Sin embargo, como los fundadores habían formado, para atención de los enfermos, la cofradía de Nuestra Señora de Monserrat, esta organización no quedó conforme con la clausura y decidió luchar por el establecimiento de un hospital fijo. Compraron a los agustinos un sitio dentro de la ciudad de México que les costó 4,500 pesos e iniciaron la construcción de la iglesia y hospital. Pero, no obstante tantas buenas intenciones, los mejores esfuerzos y la mayor parte del capital se consumieron en pleitos, ya sea con la Mitra, ya con los albaceas testamentarios de los fundadores, que habían muerto. Por fin, el año de 1590 se hizo la solemne inauguración. La Mitra resolvió entregar la institución a los benedictinos, orden religiosa que no había en México. Los religiosos aceptaron venir de España y llegaron a la ciudad en 1602. Otra serie de problemas les impidieron tomar posesión del edificio, hasta el año de 1614.¹

¹ Aguilar y Ezquerro, *op. cit.*, p. 27.

Los benedictinos que no eran una orden hospitalaria, hicieron de la institución algo bien distinto de lo que se había proyectado. Constituyeron un monasterio que daba culto, en su iglesia, a la Virgen de Monserat. Se ocupaban de preparar, para los servicios que la liturgia católica requiere, a los niños, cuyos padres deseaban fuesen acólitos o cantores. Como una cuestión accesoria, sostenían una especie de hospedería, más que hospital, para enfermos incurables.² Sin embargo, era importante porque no existía en la ciudad ninguna institución semejante. Que no era considerado hospital nos lo muestra el hecho de que en la secretaría del Virreinato no se le clasificaba como tal y que por tanto no haya en la sección respectiva informe alguno, ni alusión que a él se refiera. Por ironía del destino resultó que sólo se le consideró como tal, en el momento de aplicar el decreto de las Cortes sobre supresión de órdenes hospitalarias. El 20 de enero de 1821 fue cerrado el albergue de incurables. Como para entonces estaba en absoluta decadencia, su único habitante el prior fray Benito González embarcó para España, muriendo en el mar.

La iglesia siguió abierta al culto y el convento se fraccionó vendiéndose a los particulares.³

² *Ibidem*, p. 27.

³ Mejía, *op. cit.*, p. 335.